

El salario real depende de la oferta y demanda de trabajo, y no del tipo de cambio real

Por Eduardo Conesa^()*

La manía de los economistas y políticos argentinos de preferir una política de tipo de cambio sobrevaluado porque supuestamente mejora los salarios reales de la clase trabajadora, carece de fundamentos. En todo caso el tipo de cambio sobrevaluado favorece que los ricos fuguen capitales hacia afuera de la Argentina o que la clase alta y media argentina viaje barato por todo el mundo, o que los extranjeros residentes en nuestro país aumenten artificialmente el valor de sus remesas a sus parientes del exterior o lo que es peor, que fomenten el trabajo en la economía de mera subsistencia.

En un sistema de precios competitivo de una economía capitalista, el valor del trabajo, esto es el salario incluidas las cargas sociales, depende de la oferta y la demanda de trabajo, no del tipo de cambio.

En una economía moderna y desarrollada, la oferta de trabajo depende a su vez de la cantidad de personas en edad de trabajar y el salario ofrecido a los trabajadores por los distintos tipos de trabajo en el mercado laboral. A mayor salario corresponde en general mayor oferta de trabajadores, o mayor cantidad de horas trabajadas por cada individuo. En el caso de países muy ricos, donde los salarios son muy altos, los trabajadores pueden decidir trabajar menos horas para dedicarse al ocio, al deporte, a viajar u otras actividades mas placenteras.

Pero en los países muy pobres, el mercado de trabajo está partido en dos, por una parte, están los trabajadores del sector moderno de la economía y por otra parte los trabajadores del sector de mera subsistencia. En el sector moderno están los trabajadores de la gran industria, de la agricultura comercial de exportación, de la gran minería y los de algunos servicios públicos como la producción de electricidad o comunicaciones y algunos otros servicios, los que suelen emplear no más de un 20% del total de la oferta de trabajo. Y por otra parte, en estos países muy pobres está el 80% de la población en edad de trabajar que está compuesto por gente que meramente subsiste: el vendedor de la rueda, el quiosquero, el agricultor que tiene algunas gallinas o cerdos, los que hacen changas y muchas actividades por el estilo.

Según el Premio Nobel Arthur Lewis, el desarrollo económico consiste en el traspaso de trabajadores provenientes del sector de la economía de mera subsistencia, con escasas remuneraciones al sector moderno de la economía con altos salarios.

Pero en los últimos 50 años en nuestro país por lo general ha ocurrido lo contrario: el aumento del número de trabajadores del sector de mera subsistencia en detrimento de la cantidad de trabajadores ocupados en el sector moderno de la economía. La migración ha ocurrido al revés. Es decir que nuestros gobiernos en lugar de fomentar el desarrollo económico han fomentado el subdesarrollo. Han fomentado la "economía planera" Por ello es que en hay actualmente en nuestro país millones de personas de primera o segunda y hasta tercera generación que nunca han trabajado, o que supuestamente trabajan en el Estado calentando la silla solamente, o que reciben subsidios del Estado por no trabajar y por lo tanto no son empleables en actividades productivas en el sector moderno de la economía, por falta de experiencia laboral.

Teniendo en cuenta que el reservorio de la oferta de trabajo está dado por la demografía y las personas del sector de mera subsistencia, lo más importante es entonces fomentar la *demand*

(*) Profesor Titular Consultor de Economía de la UBA.

de trabajo por parte de los empresarios de la economía moderna. Este aumento de la demanda depende del crecimiento del PBI, es decir del ingreso nacional, y del nivel del salario real que deban pagar los empresarios, incluidas cargas sociales y leyes laborales. En nuestro país, éstas últimas causan riesgos muy grandes a las empresas y deprimen la demanda de trabajo, especialmente por parte de las PYMES y de esta manera fomentan la expansión del sector de mera subsistencia en detrimento del desarrollo económico.

El premio Nobel de 1960 de economía ya citado, William Arthur Lewis, estableció ya en un famosísimo artículo del año 1954 que la clave para el desarrollo económico consiste en lograr que aumente sostenidamente la demanda de trabajo en el sector moderno productivo de la economía, sea agropecuario, industrial o de servicios.

A su vez, la demanda de trabajo depende del ingreso de los consumidores y del precio del trabajo, es decir del salario real. Es decir, primero cuenta la llamada *elasticidad ingreso de la demanda de trabajo*. Si el PBI en términos reales aumenta un 6%, la demanda de trabajo aumentará en un 6%, si el tipo de cambio es competitivo. Si el dólar está muy barato, la mayor demanda de los consumidores se encausará hacia la compra de bienes y servicios importados y el PBI caerá.

¿Cómo conseguir que la demanda de trabajo se mantenga elevada? Respuesta: haciendo que el PBI crezca permanente al 6%. Esto requiere que la *elasticidad ingreso* de la demanda de trabajo con respecto al ingreso nacional sea alta e igual a 1, lo cual solamente ocurre si el tipo de cambio es elevado. Además, también hace subir la elasticidad del empleo con respecto a la tasa de crecimiento del PBI, un fenómeno que los economistas llaman "*principio de la aceleración de la inversión*": cuando el PBI crece, la inversión en bienes de capital tiende a crecer mucho más y ello refuerza la creación de empleos.

Por otra parte, está la "*elasticidad precio*" de la demanda de trabajo, la que indica en qué proporción aumenta cantidad demandada de trabajadores, si baja su precio, es decir, el salario. Esta elasticidad es muy baja en todos los países y en el nuestro se acerca a -0,20, lo cual indica que, si disminuye el salario real en un 1%, la demanda de trabajo solo aumentará en 0,20%. O también que, si el salario real sube en un 1%, la demanda de trabajo disminuirá en un 0,20%. Ahora bien, el índice de precios adecuado para calcular el salario real es el relevante para los demandantes, es decir, los empresarios. Por ello para determinar la elasticidad precio de la demanda de trabajo no debemos utilizar el índice de precios al consumidor. Este índice que interesa a los trabajadores, pero no a los empresarios a los efectos de aumentar o disminuir la demanda de trabajo. El índice del precio del trabajo que interesa a los empresarios para deflactar el salario nominal es el índice de precios al productor o el mayorista, o, mejor, y en definitiva, el salario en dólares. En consecuencia, si el gobierno implementa una devaluación del tipo de cambio de 100 pesos por dólar a 200 pesos por dólar, la demanda de trabajo, o sea el empleo, crecerá en un 20%. A la inversa, si el tipo de cambio es revaluado de 200 a 100 pesos por dólar la demanda de trabajo caerá en un 20%.

Ahora bien, si el tipo de cambio real pasa de 100 pesos por dólar a 200 pesos por dólar, y ese tipo de cambio se mantiene por muchos años en términos reales, cabe esperar que las exportaciones crezcan en términos reales al 15% por año mas o menos, lo cual provocaría un crecimiento del PBI de largo plazo del 6% por año por efecto del llamado multiplicador positivo del comercio exterior sobre el PBI. Esto significa que, con tipo de cambio alto, el crecimiento del PBI arrastrará al crecimiento del empleo al 6% por año, dada la elasticidad ingreso de la demanda de trabajo igual a 1.

Algunos economistas sostienen que como la Argentina es exportador de alimentos, la devaluación tiene efectos recesivos por el encarecimiento del precio de los alimentos que consume la clase trabajadora. En tal caso, lo mismo ocurriría en un país importador de alimentos. El campeón teórico contra el tipo de cambio alto por sus efectos recesivos, fue el economista cubano Carlos Díaz Alejandro con su tesis doctoral del MIT, a comienzos del decenio de los sesentas del siglo pasado. Esta teoría fue desmentida por tres devaluaciones fuertemente expansivas y creadoras de empleo: la primera ocurrió en marzo 1967 y la implementó con superávit fiscal el ministro Dr. Adalberto Krieger Vasena, bajo el asesoramiento teórico del Dr. Carlos Moyano Llerena. Y la segunda ocurrió efímeramente en junio de 1985 hasta mediados

de 1986 con el llamado Plan Austral y la tercera en 2002-2003-2004 bajo la conducción del ministro Dr. Lavagna, también con superávit fiscal. Al respecto debe recordarse que la gran recesión con altísimo desempleo que sufrió nuestro país, ocurrió en el año 2001, antes de devaluación de la devaluación de 2002: ocurrió en el segundo semestre del 2001, cuando el PBI cayera en un catastrófico 10%. En otras palabras, la recesión y el desempleo fue causado por la sobrevaluación cambiaria del uno a uno del peso con el dólar, y no por la devaluación subsiguiente con superávit fiscal que a partir de abril de 2002 fuera conducida por el ministro Lavagna, la que fuera fuertemente expansiva del empleo entre 2002 y 2006.

Para ayudar a revertir esta catástrofe y volver a incluir en la actividad laboral estas generaciones de “planeros”, cabría pensar en un remedio similar al empleado por sabiamente por Perón en 1946, que fue establecer escuelas de oficios específicos en las mismas empresas usuarias de los mismos, cuyo costo debiera computarse enteramente como pago a cuenta del impuesto a las ganancias de dichas empresas.

Por último, cabe remarcar que existe una relación inversa muy marcada entre el tipo de cambio real y la participación del Estado en el PBI. Con un tipo de cambio real al doble del actual, la participación del gasto público en el PBI (excluyendo que sea el pago la deuda externa) disminuiría de un 45% en la actualidad a un 30% después de la devaluación en términos reales. Al respecto no debe olvidarse que los servicios que presta el Estado son “no transables” internacionalmente y por consiguiente no tienen por qué subir de precio acompañando a la devaluación. Lamentablemente la mayoría de los colegas economistas argentinos se olvidan de esta distinción fundamental y consideran a todos los precios de la economía como transables internacionalmente, cuando el 70% de ellos no lo son. Por ejemplo, el trigo es un bien transable internacionalmente, pero el kilo de pan que contiene un valor de trigo del 7% solamente, no lo es. Luego una devaluación de un 100% de la moneda debería inducir un aumento del precio del pan de solamente el 7% y no del 100%. Insisto, una devaluación bien hecha debe estar acompañada de superávit fiscal.

Por otra parte, con un tipo de cambio muy devaluado en términos reales para el largo plazo el riego país disminuiría de 1900 puntos básicos a 100 solamente, con lo cual la deuda externa sería fácilmente refinanciable, dadas las excelentes perspectivas creadas para el sector exportador, generador de divisas. Y, además, se crearía una conveniencia muy grande para muchos argentinos de repatriar sus capitales a un tipo de cambio muy favorable para ello. Todo esto ocurriría si la nueva política económica desarrollista generara confianza de corto, mediano y largo por su intrínseca coherencia interna. Demás está aclarar que la actual política macroeconómica argentina es lo opuesto a lo que sostenemos en este artículo, y, por supuesto será un fracaso más, de los tantos que venimos registrando desde hace 70 años, con solo tres breves períodos de lucidez.

Citar: elDial DC3071

copyright © 1997 - 2022 Editorial Albrematica S.A. - Tucumán 1440 (CP 1050) - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina